

VEKA DUNCAN
80 AÑOS DEL PARICUTÍN

CARLOS VELÁZQUEZ
FAJARSE AL RADIOESCUCHA

NAIEF YEHYA
TÁR

NÚM. 389 SÁBADO 18.02.23

El Cultural

[Suplemento de **La Razón**]



**GRANDES ESCRITORES
UCRANIANOS DE HOY • 1**

MERCEDES MONMANY

**GABRIEL ZAID:
CINCUNETENARIO DE *LOS DEMASIADOS LIBROS***

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

Arte digital > A partir de una foto de Master1305 / shutterstock.com > Staff > **La Razón**

El próximo 24 de febrero se cumple un año de la invasión de Rusia contra su país vecino, Ucrania, que ha arrasado con vidas humanas, pueblos, ciudades y regiones. Nuevas amenazas y guerra ideológica acompañan esta desproporción criminal, pero no han doblegado a la nación ucraniana. Buena parte de sus escritores permanece en el país: resisten, a la vez que dan testimonio de

sus circunstancias, desde la crónica y también la ficción. Crítica excepcional del conjunto de la literatura europea, Mercedes Monmany comparte un amplio ensayo para **El Cultural**, cuya primera entrega publicamos hoy, con la anotación de que la mayoría de títulos referidos se encuentra disponible en nuestro país, ya sea como libros físicos o en ediciones electrónicas.



Antes y después de la guerra

TRES GRANDES ESCRITORES

UCRANIANOS DE HOY • I

MERCEDES MONMANY

I. SERHIY ZHADAN: UN CLÁSICO IRREEMPLAZABLE

Se dice que cada guerra encuentra el mejor o los mejores cronistas literarios para contar esa atroz y bárbara experiencia que rompe todos los parámetros conocidos de la vida normal, civilizada, en comunidades que hasta entonces no se habían visto obligadas a vivir en un infierno dantesco cotidiano e inimaginable. Si grandes clásicos como *Sin novedad en el frente* de Remarque, *Por quién doblan las campanas* de Hemingway o *Vida y destino* de Vasili Grossman relataron los horrores de la guerra, vividos en directo, se puede decir que en el caso de la actual guerra de Ucrania, una magnífica y sobrecogedora novela como *Orfanato* (Galaxia Gutenberg, 2022), del poeta, músico y narrador Serhiy Zhadan, será recordada como un clásico literario irremplazable.

Reconocido como uno de los más grandes poetas ucranianos de la actualidad, además de filólogo que se doctoró con una tesis sobre los futuristas ucranianos de los años veinte, músico que se define a sí mismo como "proletario punk", así como traductor de Bukowski y Paul Celan, entre otros, Zhadan recibió con toda justicia no hace mucho el Premio de la Paz de los Libreros alemanes.

Como poeta, comenzó su exitosa carrera en 1990 y sus versos revolucionaron inmediatamente la poesía ucraniana del momento, convirtiéndose en un autor

de culto y entroncando con el estilo de los escritores de la gran vanguardia ucraniana de principios del siglo XX, a la que dedicó su tesis. Sólo la lectura de su impresionante libro *A New Orthography*, de 2020, deja al lector estremecido, poema a poema. La extraordinaria calidad literaria de cada una de las piezas por separado, la sobrecogedora y dolorosa exposición, seca, sintética, de un lirismo entre letalmente prosaico y metafísico, entre antisentimental y descarnado, produce continuos zarpazos y cortocircuitos insólitos en la mente del lector. Algo que se repite, si cabe acrecentado, con la obra maestra que es *Orfanato*. Una *road movie*, de tonos y atmósferas casi distópicas —al modo de *La carretera*, de Cormac McCarthy— por los no-paisajes y exlugares fantasmales que deja la guerra a su paso. En especial, en la zona de nacimiento del propio Zhadan, en permanente estado de descomposición.

SERHIY ZHADAN nació en 1974 en Starobilsk, en la región del Este de Lugansk, donde surgieron las Repúblicas Populares separatistas prorrusas, en lucha feroz con el gobierno de Kiev. Su lugar en la literatura ucraniana, junto a autores como Andréi Kurkov, Yuri Andrujovich o las magníficas poetas Lyuba Yakymchuk (autora de *Apricots of Donbas*) y Marianna Kiyanovska (*Las voces de Babi Yar*) es un lugar de excepción. Una literatura, la ucraniana precisamente, que enseña el protagonista de *Orfanato*, y que por fuerza ha cambiado en los últimos años, desde la anexión en 2014 de Crimea por parte de

Foto > larazon.es

DIRECTORIO

El Cultural
[Suplemento de **La Razón**]

Twitter:
@ElCulturalRazon

Roberto Diego Ortega

Director

@sanquintin_plus

Julia Santibáñez

Editora

@JSantibanez00

Facebook:
@ElCulturalLaRazon

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Boullosa • Ana Clavel • Guillermo Fadanelli • Francisco Hinojosa • Fernando Iwasaki
Delia Juárez G. • Mónica Lavín • Eduardo Antonio Parra • Alberto Ruy Sánchez • Carlos Velázquez

Director General Editorial > Adrian Castillo Coordinador de diseño > Carlos Mora Diseño > Andrea Lanuza

Contáctenos: Conmutador: 52606001. Publicidad: 52500078. Suscripciones: 52500109. Para llamadas del interior: 018008366868. Diario La Razón de México. Nueva época, Año de publicación 12

Rusia, que comenzó a armar a los insurgentes. Como el mismo Zhadan ha dicho, ahora escribe un tipo de literatura “distinta a la de antes de 2014”.

La participación activa de este escritor, o artista total, en la política ucraniana comenzó cuando era estudiante y ha continuado a lo largo de las diversas crisis políticas en su país. En 1992 fue uno de los organizadores del grupo literario neofuturista de Járkov, El Cardo Rojo. Participó en las manifestaciones de la Revolución Naranja de 2004 y en 2013, fue miembro del consejo de coordinación del Euromaidan en Járkov. Todo aquello desembocaría en la renuncia del presidente Yanukovich, respaldado por Rusia. Desde 2014 y la adhesión de Crimea a Rusia, Zhadan ha realizado numerosas visitas a las líneas del frente de la región oriental de Donbás, involucrada directamente en el conflicto armado con los separatistas, apoyados por Rusia. A lo largo de 2022, año de la invasión a Ucrania por parte de Rusia, Zhadan ha estado organizando y apoyando transportes de medicamentos, alimentos, productos de higiene para la población civil y automóviles para hospitales en ayuda de Járkov, donde vive.

LO VERDADERAMENTE EXCEPCIONAL en sus textos literarios sobre la guerra, ya sean poemas, o novelas como la desoladora y a la vez bellísima *Orfanato*, es que más allá de ceder al carácter de urgencia, propagandístico, debido a la dureza de las situaciones y de lo vivido día a día por todos, lo que se produce página tras página es literatura de altísima calidad y exigencia. Sus imágenes, metáforas, escenas espectrales, reflexiones y diálogos reflejan la condición humana al completo, sin engaños ni edulcoramientos, más allá de todo cliché y de la búsqueda artificial de impactos emocionales y fingidamente estéticos o sensibles.

En *Orfanato* se narra la historia, o viaje conradiano y apocalíptico, de tres días a través del corazón de las tinieblas por parte de un joven maestro descreído y apolítico, de nombre Pasha, en busca de su sobrino internado en una escuela bombardeada en plena línea del frente. A lo largo de su recorrido por carreteras solitarias, edificios y puentes volados, atravesando sin cesar controles de un frente cambiante en el que nadie se fía de nadie, se espían los acentos y cuando se dice “los vuestros” saltan súbitamente las alarmas, todas las guerras parecen haber tenido ya lugar. También una tercera y temible nuclear.

Este sótano –dirá con triste ironía la directora de la escuela u *orfanato* que, junto al profesor de educación física, son los únicos que no han huido y se han quedado al cuidado de los alumnos– lo construyeron en la época soviética como refugio antiaéreo. En caso de que estallara la Tercera Guerra Mundial. Fue construido expresamente para nosotros.

La novela cuenta la historia de este joven profesor de ucraniano de la región

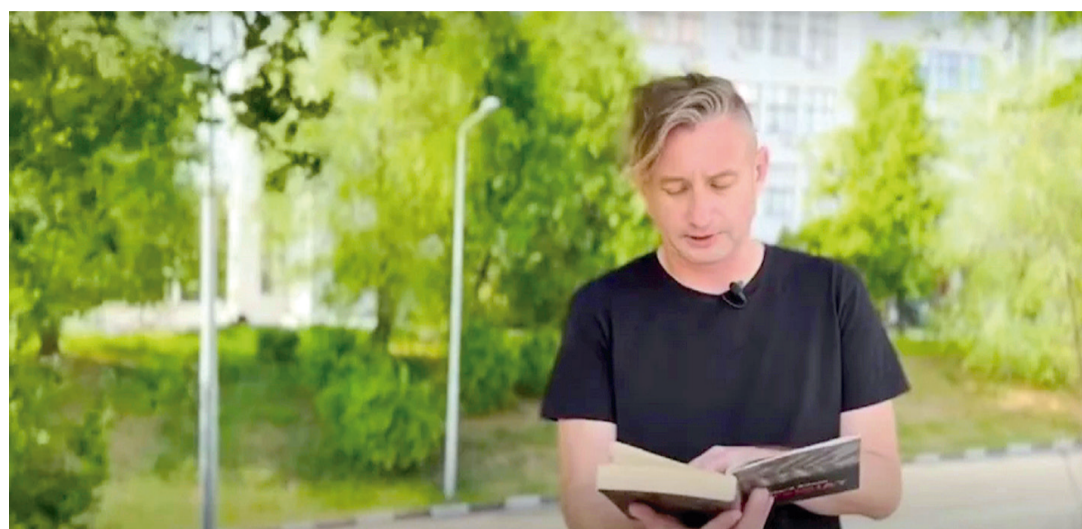


Foto > Video frame / english.nv.ua

Serhiy Zhadan (1974).

“EN ORFANATO SE NARRA LA HISTORIA, O VIAJE CONRADIANO Y APOCALÍPTICO, DE TRES DÍAS A TRAVÉS DEL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS POR PARTE DE UN JOVEN MAESTRO DESCREÍDO Y APOLÍTICO, PASHA”.

de Lugansk (cuya ciudad ficticia es nombrada como “la Estación”), mientras atraviesa la tierra disputada entre el territorio controlado por el gobierno de Ucrania y las regiones capturadas por los separatistas respaldados por Rusia. El joven Pasha vive con su padre, antiguo ferroviario, que apenas sabe manejar su viejo móvil lleno de magulladuras, pero que sin embargo está conectado permanentemente a la tele: una especie de “llama eterna”, que ni siquiera apaga cuando duerme.

Por su parte, Pasha, este último año de la guerra, se ha negado a escuchar las noticias “normalmente aterradoras”. Su misión ahora será recuperar a su sobrino de trece años, atrapado lejos de ellos, en un orfanato al otro lado del frente de guerra. La hermana de Pasha trabaja como maquinista de tren y al no poder cuidar de su hijo, Sasha, lo manda a un “internado”. Aunque en ucraniano se llame *orfanato*, en realidad funciona como un internado no sólo para huérfanos. En la época soviética, los internados eran lugares donde los niños podían ser dejados indefinidamente y de forma gratuita, aunque en condiciones sombrías e incluso potencialmente mortales, mientras sus padres estaban ocupados en otras partes construyendo el comunismo.

ESTA MAGNÍFICA NOVELA de 2017 fue escrita en la primera fase de la guerra, cuando la lucha se limitaba al Donbás. En 2022, el año de la invasión, todo se recrudecería y los misiles rusos extenderían estas escenas de terror mucho más allá del Donbás: a Kiev, Odesa, Járkov, Jersón, Mykolaiv. Mientras el ejército ucraniano luchaba para defender Kiev de los invasores rusos, decidió volar los puentes hacia la capital. Cuando Irpin, el suburbio acomodado de Kiev, fue atacado por Rusia, los residentes huyeron a pie, cruzando el río bajo un

puente roto. Ahora es tan sólo una ciudad fantasma.

El escenario que atraviesa Pasha hasta llegar a la escuela donde está internado su sobrino es apocalíptico, de un fin del mundo, al menos el mundo conocido hasta entonces. Abundan los puentes volados, multitudes que deambulan como zombis de un lado para otro (“los hay que andan solos, otros forman grupos de dos o más personas, emergen fatigosamente desde detrás de la línea del horizonte, pero deben avanzar, acercándose con terquedad, guiados por la bandera de su país sobre el puesto de control que les sirve como referencia”), ciudades en ruinas, carreteras fantasmalmente desiertas, edificios residenciales bombardeados con “los muebles deramados por fuera, como las entrañas de alguien después de haber sido cortados”, controles y más controles con soldados de los que Pasha a veces “no acierta a comprender en qué idioma hablan, si en ruso o ucraniano”, patrullas militares con comandantes acompañados de su edecán

... que parecen cantantes de ópera, con guerreras de aspecto extraño y hombreras con insignias sin identificar, mientras que del pecho cuelgan unas condecoraciones en forma de cruz y sobre sus hombros tienen echado un abrigo con piel de castor.

De vez en cuando alguien, como un profeta clamando ante un mundo en fuga, ante gente guiada por el pánico que huye de los bombardeos y la destrucción dejando sus casas atrás, “abandonadas en manos de sus enemigos”, se pone a chillar ante todos, apretando los puños:

¿Cómo pudimos huir y abandonar la ciudad como traidores?... ¿Cómo es posible? ¿Quién



responderá por ello? Olezha, mi compadre, ni siquiera pude enterrarlo, arrastrarlo hasta la nieve, allí sigue, carbonizado, en la gasolinera. ¿Quién se hará cargo de él? ¿Quién rescatará tu cuerpo?

El viaje de Pasha pronto se convierte en una misión difícil, casi suicida. Antes de ponerse en camino, la desconfianza ante las noticias es total. La propaganda que llega de Rusia es sin cesar un arma de guerra eficiente usada contra Ucrania. Pero su hermana le ha rogado que traiga de vuelta a su sobrino y él no duda en partir, en lugar de su anciano padre.

En su camino al orfanato pasa junto a soldados, puestos de control, o conoce a corresponsales cínicos de prensa, como el americano Peter, que le comenta que iba a pescar con su padre al Pacífico, mientras Pasha lo hacía en pequeños ríos ucranianos. Finalmente, llega a un motel de dos pisos llamado, irónicamente, *Paradise*, con sus ventanas destrozadas por explosiones. “Es como el primer círculo del infierno”, señala un personaje. Muchas personas han abandonado la ciudad. Los que todavía quedan se esconden en sótanos húmedos, sin apenas electricidad, comida o agua potable.

DESDE EL COMIENZO de su carrera, la poesía de Zhadan había girado alrededor de su tierra natal. Es decir, los paisajes industriales del este de Ucrania. Su novela *Voroshilovgrad* (el nombre soviético de Lugansk), de 2011, contaba la historia de un joven llamado Herman que dejó su ciudad natal, Starobilsk (en la región de Lugansk), pero que tiene que regresar a su tierra para proteger lo que le pertenece. Ese no lugar es el que seguirá existiendo fantasmalmente en *Orfanato*, de 2017.

Algunas de las mejores y más conmovedoras páginas de esta novela se remontan tanto a la descripción de ese lugar natal desolado, como a los recuerdos de la niñez triste y de pauperada de Pasha, de sus sueños e ilusiones sencillas, rotas sin cesar, anheladas con febril y desesperada emoción. Por ejemplo, ir tan sólo unos días de vacaciones, gracias a un vale que ha obtenido su madre para el balneario de un pueblo vecino, en un pinar, a orillas del río. Algo que le parece a toda la familia “irreal”, porque ya hace mucho que no obtienen nada: “El pueblo vecino no es la costa sur, desde luego, sino un agujero como la Estación, pero habrá que pagar un extra por los niños, aparte de los gastos de alojamiento y comida”.

Al final, echan cuentas y no van. Pasha, que jamás había tenido una maleta, sino que había metido a toda prisa lo primero que se le había ocurrido —sus novelas de detectives favoritos, un jersey grueso, una viejas gafas de sol encontradas en un cajón— en una bolsa gastada de su padre de las de ir al mercado, rompe a llorar al darse cuenta de que, como siempre, no habrá nada: “Ni deportes, ni excursiones al bosque, nada”. Tiene trece años entonces, la edad de su sobrino ahora perdido en un orfanato, pero la ausencia de un futuro previsible en una zona

“ALGUNAS DE LAS MEJORES
Y MÁS CONMOVEDORAS PÁGINAS DE LA NOVELA
SE REMONTAN TANTO A LA DESCRIPCIÓN
DE ESE LUGAR NATAL DESOLADO, COMO
A LOS RECUERDOS DE LA NIÑEZ DE PAUPERADA”.

industrialmente decaída, devastada, abandonada a su suerte, va a convertirse en una constante. Salvo en el caso de que uno llegue a convertirse en un funcionario. En un maestro, por ejemplo, como se dirá el propio Pasha. Profesor de Lengua Ucraniana, para ser exactos. “Eso es lo mismo que enseñar latín”, le dirá con sarcasmo el cínico periodista americano, Peter.

En aquella época de la niñez de Pasha, una vez derrumbada la antigua Unión Soviética, a principios de los noventa, a sus padres les empieza a faltar el trabajo: no ganan nada y sin embargo “siguen yendo a la Estación cada mañana, como unos malditos autómatas”. Como un Detroit del Este abandonado y derruido, antaño en plena actividad, la Estación cae rápidamente en desuso, mientras la hierba invade las vías férreas y el edificio adquiere “el aspecto de un velero saqueado por piratas, del que sólo quedan las paredes y las consignas del partido que cuelgan de ellas”. El país había cambiado vertiginosamente. Sin embargo, los vecinos del nudo ferroviario no pudieron cambiar, “carecían de los mecanismos necesarios”. Así que, dispuestos a cumplir los planes “al cien o ciento cincuenta por ciento... sólo que a nadie le importan ya sus compromisos”, todos siguen yendo al trabajo por el que les han dejado de pagar: “Sencillamente porque no habían hecho otra cosa en la vida, uno se levanta por la mañana como un esclavo en las galeras y se mueve hacia la playa de maniobras de la Estación”.

Una vez que recoja a su sobrino, Sasha, y lo traiga de vuelta a casa, Pasha se tropieza por última vez con Peter, el corresponsal americano con su anorak “de marca cara, sus botas embarradas, una mochila”, que se ofrece a llevarlos a la Estación. La despedida entre los dos será seca, abrupta. “Tal vez pienses que soy un imbécil”, le dice el periodista, mientras Pasha se queda en silencio y no lo desmiente. Al alejarse, su sobrino se lo reprocha:

“¿Por qué te has puesto de esa manera con él?”, le dice a su tío. “Porque no le interesa nadie realmente. Nosotros tampoco le interesamos. Él se irá y nosotros nos quedaremos. Eso es todo”.

**II. ANDRÉI KURKOV:
BECKETT ENTRE KIEV
Y EL DONBÁS**

En uno de los múltiples controles para atravesar las zonas en guerra, entre Ucrania y las repúblicas prorrusas escindidas de Donesk y Lugansk, el bonachón y pacífico Sergueich, jubilado y devoto apicultor, protagonista de *Abejas grises* (Alfaguara, 2022), de Andréi Kurkov, es detenido por un hombre vestido de camuflaje. Sergueich ha decidido atravesar la línea del frente hacia la Crimea tártara para salvar a sus abejas de los bombardeos que han empezado a caer también en su pueblo, Malaia Starogradovka, abandonado por todos y situado en tierra de nadie, en la llamada “zona gris”, entre unos y otros. “¿Le enseñé el pasaporte?”, le dice al militar. “No, qué va, si le he reconocido. Es que no tengo a nadie con quien hablar”, le responde aburrido el tipo camuflado.

Nacido en Leningrado en 1961, aunque desde su infancia vive en Kiev, Andréi Kurkov, presidente actual de la Unión de Escritores Ucranianos, es desde hace tiempo el escritor de este país con mayor proyección internacional, junto al igualmente singular Yuri Andrujovich, originario de la muy literaria Galitzia exaustrohúngara. A ellos se une el espléndido autor, una generación más joven, Serhiy Zhadan (Starobilsk, Lugansk, 1974), el autor de *Orfanato*, uno de los pilares de la literatura ucraniana postsoviética.

Ni uno solo de estos tres grandes escritores ha abandonado su país desde que se inició la invasión rusa. Su respuesta ha sido seguir escribiendo obras de distinto género, así como numerosos artículos, traducidos



La Revolución Naranja de Ucrania, contra la amenaza rusa, 2004.

Fuente: npr.org

a todas las lenguas, en los que explican al mundo la brutalidad de la guerra actual.

¿Han tratado ustedes alguna vez —dirá Andréi Kurkov en su *Diario de una invasión*, de 2022— de mantener el optimismo durante una catástrofe o una tragedia, durante unas operaciones militares sanguinarias? Yo lo he intentado y continuaré haciéndolo. Soy una persona de etnia rusa que siempre ha vivido en Kiev. Percibo en mi visión del mundo, en mis comportamientos y en mi actitud hacia la vida un reflejo de la visión del mundo y los comportamientos de los cosacos ucranianos del siglo XVI, en una época en la que Ucrania aún no había llegado a formar parte del Imperio ruso, cuando la libertad era para los ucranianos más valiosa que el oro.

Kurkov, comparado muchas veces con Bulgákov, o con el mismo Gógol, ambos nacidos en la Ucrania aún del Imperio ruso, es autor de obras atravesadas sin cesar por un humor corrosivo y una ironía desopilante, con no poca carga de poesía melancólica y clarividente infiltrada en las duras historias con las que suele ambientar sus ficciones.

Publicó su primera novela dos semanas antes de la caída de la Unión Soviética, sin embargo había empezado a escribir muy pronto, cuando a los siete años le dedicó un poema a la muerte de dos de sus tres hámsters, describiendo la emoción del que se había quedado solo.

Este imaginario literario que está compuesto por individuos solitarios y perdedores de todas las batallas, por amistades indestructibles que sobreviven a las grandes tragedias de la historia, así como por la presencia casi permanente de animales que hacen compañía a estos antihéroes y que se protegen mutuamente hasta el fin, continuaría como una constante de toda su obra. Incluso, por imposible que pueda parecer, en tiempos de guerra como los actuales.

UN IMAGINARIO, muchas veces cercano a lo surreal, insertado en atmósferas opresivas, sumamente reales y sombrías. Evitando los detalles más sórdidos, sus historias narran, como un telón de fondo permanente, la corrupción, violencia, crimen organizado y depravación sin leyes llegadas tras la caída de la Unión Soviética.

Las fábulas y sátiras sobre la vida social y política de Kurkov, que en ocasiones adoptan los tonos de un absurdo al estilo de Beckett, suelen estar

protagonizadas en segundo plano por algún tipo de animal que contrasta con una inhumanidad y un caos generalizados. Algo que sucede con su novela *Abejas grises*, pero que también estaba muy presente en la novela que lo lanzó internacionalmente, *Muerte con pingüino* (Blackie Books, 2018), de 1996. En ella, Viktor, un periodista en paro, a quien le sale un trabajo como redactor de necrológicas anticipadas, decide adoptar a Misha, un pingüino depresivo, ofrecido por el zoológico de Kiev, lo mismo que otros animales, ante la falta de recursos con qué alimentarlos.

A causa del inmenso éxito de público que lograría con esta fábula creada en medio de la hecatombe de la caída de la ex-Unión Soviética, Kurkov, autor igualmente de una treintena de guiones para el cine y documentales, decidiría crear en 2002 una secuela, *Los pingüinos no tienen frío*. En 2013 publicaría *El jardinero de Ochákov* (Blackie Books, 2019), una novela satírica y de género fantástico, que navega entre dos tiempos, el pasado comunista y el mundo actual, y cuya trama se desarrolla en la pequeña ciudad portuaria de Ochákov, en la provincia del sur de Nicolaiev, al borde del Mar Negro.

En ella, Igor, un joven en paro que vive con su madre en una casa de los alrededores de Kiev se encuentra un uniforme de la policía de la época comunista y decide ponérselo para asistir a una fiesta nostálgica de disfraces retro, montada con la excusa de evocar al antiguo régimen. De pronto, en un viaje repentino a través del tiempo, como el de la película *Goodbye Berlin*, Igor se encontrará en 1957. Es decir: con el rublo soviético, el primer Sputnik y con la figura omnipresente de Nikita Krushev.

Al ser traductor del japonés y hablar siete lenguas extranjeras, sin jamás poner un pie en otro país durante la época soviética, al iniciar su servicio militar Kurkov fue adscrito a la KGB; sirvió en la policía y como guardia de prisión en Odesa, donde escribiría sus primeras obras. Experiencias todas ellas que le servirían en gran parte para sus tramas o *thrillers* entre surreales y policíacos. También sería la época en que comenzaría a crear sus obras infantiles.

Su primer libro de ficción fue publicado poco antes de la caída de la Unión Soviética y él mismo lo editó y distribuyó, en medio de aquel escenario tumultuoso y desorganizado, de manera realmente rocambolesca.



Andréi Kurkov (1961).

Fuente: ethic.es

Decidió hacerlo a través de una autoedición, pidiendo dinero a amigos y conocidos, con la intención de crear una editorial independiente. Fue timado, pero no por ello se desanimó y él mismo organizó su propia distribución por toda Ucrania, distribuyendo ejemplares por las tiendas de las principales calles comerciales.

En 2005, después de la publicación de su novela *El último amor del presidente*, en la que Putin era uno de los personajes principales, el Estado censuró toda su obra. Un año después, sin embargo, le levantaron el castigo y el gobierno ruso consintió en que alguna de sus novelas (que suman cerca de veinte en la actualidad) y sus libros juveniles volvieran a pasar por imprenta. Pero resultó ser un espejismo: en 2008 sus libros dejaron de editarse definitivamente en Rusia. Después de la Revolución Naranja, que Kurkov apoyó, y sobre la que publicó un *Diario de Maidán*, su editorial rusa rescindió su contrato debido a sus declaraciones públicas sobre la política rusa.

EN SU MARAVILLOSA FÁBULA o crónica entre irónica y amarga, entre tierna y sumamente incisiva, sobre la caída de la Unión Soviética en Ucrania, *Muerte con pingüino*, el lector se encuentra ante realidades en las que lo extravagante e inesperado, lo amoral y corrompido, ya apenas puede sorprender a nadie. Creando sin cesar una brecha vertiginosa en la que lo absurdo se convierte en normal y lo sórdido en cómico, en una ciudad como Kiev los más insólitos trabajos pueden surgir de la nada y del mismo modo nadie puede tener asegurado tampoco vivir para contarlo al día siguiente.

Viktor Zolotaryov, el protagonista de la novela, es un escritor indolente e inseguro, "a caballo entre el periodismo y la prosa mediocre". Su especialidad son los relatos breves, "tan breves que no podría vivir de ellos, aunque se los pagasen". Vive en la capital de una Ucrania por fin independiente, en la que los métodos y el poder incontable de la mafia local no tienen nada que envidiar a lo practicado por el gran hermano ruso. "Una época desquiciada —como se dirá en la novela— para ser niño, un país desquiciado, una vida desquiciada que ya no tenía ni

“EN 2005, DESPUÉS DE LA PUBLICACIÓN DE SU NOVELA *EL ÚLTIMO AMOR DEL PRESIDENTE*, EN LA QUE PUTIN ERA UNO DE LOS PERSONAJES PRINCIPALES, EL ESTADO CENSURÓ TODA LA OBRA DE KURKOV”.



siquiera ganas de entender, se trataba de sobrevivir y punto”.

En ese momento, aparece Misha en la vida del periodista en paro que es Viktor. Cuando el zoo estuvo repartiendo animales hambrientos a quien pudiera darles de comer, Viktor se pasó por allí y regresó a su departamento con un pingüino rey. Lo que no sabía Viktor aún es que era un pingüino depresivo, insomne y melancólico, que no paraba de suspirar, afectado de una enfermedad congénita del corazón: “Misha se había traído su propia soledad y ahora el resultado eran dos soledades complementarias”.

Ahí ya se iniciará un *leitmotiv* que se repite en cada una de las novelas de Kurkov: dúos de amistades en principio disímiles, que se dan calor y se apoyan en medio del desorden y la anarquía amenazante y violenta del exterior. Cada vez que entre en su desolador departamento, Viktor se dirá: “al menos hay alguien que me espera en este mundo”. Es una frase que, tarde o temprano, repiten los solitarios protagonistas de sus novelas, tras ser recompensados con la calidez de alguna amistad o compañía inesperada, por disparatada que sea.

Cuando ya había desistido de luchar y batirse en la vida, a Viktor se le ocurre pasarse por un periódico sensacionalista, *Stolitchnyé vesti*, “que publicaba generosamente desde recetas de cocina a críticas de teatro postsoviético”, con la intención de ver editado su último relato breve. El retrato que hace Kurkov del redactor jefe que lo recibe, entre sarcástico y de un cinismo hastiado, es desternillante: “No se lo tome a mal viejo amigo, pero se necesita algo más *gore* o una historia de amor tórrido. Métase en la cabeza que el *sensacionalismo* es la esencia del relato breve periodístico”.

Sin embargo, de forma sorprendente, un par de días después el mismo redactor jefe lo llamará para que vaya a verle, ofreciéndole incluso ser recogido en su casa por un Lada azul. Con un suculento pago por cada pieza

escrita, dadas sus dotes ideales “de concisión”, Viktor recibe una oferta: escribir necrológicas anticipadas. “Algo sucinto, lacónico, ultramoderno”, como le señalará el redactor. A partir de recortes de prensa, tendrá que elaborar una lista “que incluya diputados, gánsters e incluso gentes del mundo de la cultura mientras todavía están vivos”.

PASADO ALGÚN TIEMPO, un poco desanimado al no ver ninguna composición suya salir a la luz, “como sucedía en los tiempos soviéticos, en los que todo iba a parar a un cajón”, Viktor reflexiona de forma pesimista sobre el hecho de que “las personalidades se aferraban a la vida; había escrito sobre un centenar de VIP y no sólo no había muerto ni uno, sino que ni siquiera había caído enfermo”.

Sin embargo, al cabo de un año, Viktor ve su primera necrológica publicada. Está firmada, como ya se había decidido en el periódico, anónimamente, por “un grupo de amigos”. Tan alegre está él por la publicación que apenas se sorprende por las extrañas circunstancias de la muerte del diputado-escritor sobre el que había escrito: se cayó por la ventana de su quinto piso, cuando estaba limpiándola. Aunque “ni siquiera era la ventana de su casa y además era de noche”.

Ésa será tan sólo la primera de las muertes violentas que tendrán como protagonistas a personas que empiezan a fallecer de forma sospechosa, tras Viktor haber escrito sus necrológicas. Su jefe ya le había lanzado una misteriosa advertencia, al ser asesinado un periodista de Járkov con el que Viktor tenía concertada una cita en aquella ciudad: “Es el séptimo de los nuestros que cae. ¡Pero no meta las narices en eso! ¡Cuanto menos sepa usted, más tiempo vivirá!”.

El mensajero del jefe no tardará en aparecer en casa de Viktor con nuevos dossiers para realizar las esquelas correspondientes, en su mayoría militares de alta graduación. Un total

de veinte aspirantes, con historiales “que combinaban armoniosamente la nostalgia del régimen soviético con el tráfico de armas”. Había de todo y “cuanto más leía Viktor, más siniestro era”: desde transportes de inmigrantes clandestinos por la frontera entre Ucrania y Polonia en helicópteros del Ejército hasta desapariciones de aviones de transporte dados en alquiler.

Todo había empezado a complicarse cuando un enigmático personaje llamado Misha, lo mismo que su pingüino, aparece un día por casa de Viktor, encargándole una esquila para un amigo suyo de la infancia, “un fracasado, abandonado por su esposa, enfermo y solo, con el sueño irrealizable de una Lincoln Silver”. Entablando algo parecido a una incipiente amistad, entre profesional y llevada, como todas las relaciones esos días, por la soledad en la que están inmersos todos, Viktor le cuenta al misterioso Misha sus cuitas y preocupaciones por no ver editada ninguna necrológica suya. Así que “el otro Misha”, el humano, con una confianza cada vez más cimentada, no tardará en dejar al cuidado de Viktor a su hija pequeña, Sonia. Una niña que, rápidamente, queda prendada del enfermizo pingüino Misha, que duerme de pie en un rincón y para el que Viktor prepara baños helados en la bañera de su piso.

Sin embargo, Misha desaparecerá un buen día y una extraña familia, embarcada en las más delirantes y peligrosas aventuras, se forma de repente: Viktor, la pequeña Sonia y el pingüino Misha. Los tres serán escondidos durante un tiempo por su amigo, el policía del barrio Sergei Fischbein-Stepanenko, a causa de la inminente caza decretada contra el involuntario autor de las mortíferas necrológicas, atrapado en el enfrentamiento de dos clanes mafiosos que dominan el crimen y el tráfico de drogas en Kiev, durante la inmediata etapa postsoviética, aún no en guerra, pero sobre el que los periódicos no dejan de hacerse eco a diario de tiroteos y atentados.

A esta *troupe* de seres tan inocentes como vulnerables, atrapados sin quererlo en medio de una alta tensión ambiental, no tardará en unirse Nina, sobrina del policía Sergei y cuidadora de Sonia, así como el estrambótico pingüinólogo Pidpaly, quien se ha quedado sin trabajo tras cerrar el zoo y que asesora a Viktor en todo lo relacionado con las necesidades de un pingüino rey como Misha. A punto de acabar diciembre, Viktor reflexionará sobre “las cosas extrañas que le había traído ese año”. La principal, enfrentarse a nuevas responsabilidades, algo desconocido en los seres autosuficientes y solitarios: “La soledad había dado paso a una cierta dependencia. La inercia de su propia vida le había llevado a una extraña isla donde le habían caído encima responsabilidades y dinero con qué atenderlas”.

POR SU PARTE, EL ESCENARIO minúsculo, la tierra de nadie abandonada por todos en la novela de Kurkov, *Abejas grises*, de 2020, es un pequeño pueblo de la “zona gris”, entre el gobierno de Kiev y los separatistas prorrusos, en el

“ÉSA SERÁ TAN SÓLO LA PRIMERA DE LAS MUERTES VIOLENTAS QUE TENDRÁN COMO PROTAGONISTAS A PERSONAS QUE EMPIEZAN A FALLECER DE FORMA SOSPECHOSA, TRAS VIKTOR HABER ESCRITO SUS NECROLÓGICAS”.

Fuente: diariodeburgos.es



que ya sólo viven, se alimentan como pueden y esperan apáticamente no se sabe bien qué —como Vladimir y Estragon en *Esperando a Godot*—, dos antiguos enemigos de la infancia, Sergueich y Pashka. Pasados los años, la guerra y la soledad los han hecho confraternizar y necesitarse mutuamente.

El primero, aunque descreído y no fanatizado, es proucraniano, y el segundo simpatiza con los “errepedés”, es decir, con los de la autoproclamada República Popular de Donesk, creada en 2014. Una noche, el soñador Sergueich, al que su mujer y su hija abandonaron hace tiempo, como todos los de su pueblo al irse con sus bártulos a lugares más seguros, y que tiene por sola familia a sus abejas y un álbum de recuerdos que ojea por las noches, decide cambiar los letreros de las dos calles donde viven él y su amigo-enemigo Pashka. Su calle, Lenin, se la deja a Pashka, y él adopta la calle Shevchenko, el gran poeta y pintor ucraniano del XIX que profetizó la libertad de Ucrania. En ausencia del resto de los vecinos, el acuerdo es adoptado por una mayoría compuesta por ellos dos. Hay que decir que Shevchenko, un icono popular de la resistencia a la opresión, desconocido por todos fuera de Ucrania y de su diáspora, es la personalidad, por increíble que pueda parecer, que cuenta con más estatuas y efigies en el mundo, después de Jesucristo.

Para evitarles el *stress* a sus abejas a causa de los incansables bombardeos de la zona, Sergueich, cuando llega la primavera, decide llevárselas a un lugar más cálido y tranquilo, “donde el aire se llenara poco a poco de la dulzura de las hierbas en flor”. Así podrán recolectar su polen en paz, tras un duro invierno en casa, mientras él disfruta de las bellas praderas repletas de flores y de las magníficas montañas de Crimea. Una misión o *road movie* que lleva a Sergueich a conocer a combatientes y un buen número de civiles de ambos lados de la línea de batalla:

Los dos ejércitos, el de la errepedé y el ucraniano, quedaban ya tras él, así como el rugir de los bombardeos lejanos y cercanos. Dejaba atrás una guerra en la que no había tomado parte, en la que sencillamente había acabado residiendo por casualidad... De no haber sido por ellas [las abejas], Sergueich no habría ido a ninguna parte; se habría apiadado de Pashka y no lo habría dejado solo.

EN UN EMOCIONANTE EPÍLOGO, muy ilustrador respecto a lo que había sido el *via crucis* de la nación ucraniana desde que “en 2013, el intento fallido de Vladimir Putin de arrancar Ucrania de Europa e incorporarla a su ‘familia de pueblos fraternales’ (esto es, a su versión resucitada de la Unión Soviética) acabó en revolución... ese levantamiento popular que se llamaría ‘Euromaidán’”, Kurkov narra lo que le había llevado a escribir su novela *Abejas grises*:

... Desde el invierno de 2015, menos de un año después de la anexión de Crimea por parte de



“LAS REFERENCIAS A EUROPA, LA VOLUNTAD DE ALCANZAR UNA UNIÓN CON UN ESPACIO DE LIBERTAD, LA RESISTENCIA DE LOS UCRANIANOS A SER INVADIDOS POR UN AUTÓCRATA COMO PUTIN... VIENEN DESDE LEJOS”.

Rusia y del inicio del conflicto, he hecho tres viajes por el Donbás, la región oriental en la que se ubican Donetsk, Lugansk y la zona gris. Allí presencié cómo el miedo de la población a la guerra y a una posible muerte se transformaba poco a poco en apatía. Vi cómo la guerra se convertía en la norma, vi a personas intentar obviarla, aprender a vivir con ella como con un vecino alborotador y borracho. Todo eso me dejó una honda impresión, tan honda que decidí escribir una novela. El libro se centraría no en operaciones militares ni en soldados heroicos, sino en gente normal a la que la guerra no había conseguido expulsar de sus casas.

Gente solitaria, defensora tenaz y fiel de su casa y su minúsculo espacio de tierra, como Sergueich y Pashka.

Las referencias a Europa, la voluntad de alcanzar una unión con un espacio común y duradero de libertad y democracia, la movilización y resistencia actual de los ucranianos a ser invadidos por una tiranía, por un autócrata como Putin “que quiere dejar la huella grandiosa de quien ha reconstruido un Estado Imperial, para lo cual está dispuesto a destruir al país vecino, un país libre”, según dice Kurkov en su *Diario de una invasión* (2022), vienen desde lejos.

En 1956, cuando los tanques soviéticos invadieron Budapest, el director de la agencia de prensa de Hungría envió al mundo un mensaje desesperado, que acababa así: “Morimos por Hungría y por Europa”. Tres décadas después, Milan Kundera abriría su célebre ensayo *Un Occidente secuestrado: La tragedia de la Europa Central* con esta misma escena. Tanto en la revolución húngara de 1956, durante la llamada Primavera de Praga de 1968, o bien durante la revuelta polaca de 1970, “pequeñas naciones” vulnerables, atrapadas entre Alemania y Rusia, proclamaron su anhelo de Europa, su voluntad de fundar y salvar “una Europa archieuropea”.

Hoy día, la resistencia heroica de los ucranianos se inscribe en esta historia europea hecha a base de amenazas

y sobresaltos, de entusiasmos y quebrantos, en la que el relato común habla sobre todo de sobrevivir. Como insistía Kundera en aquel texto, las insurrecciones europeas, muy ligadas a la cultura, “han estado siempre preparadas, puestas en marcha, llevadas a cabo por novelas, por poesía, por el teatro, por el cine, por la historiografía, por revistas literarias, por espectáculos cómicos populares”.

Unas insurrecciones y un deseo de libertad que venían de lejos en la historia y que Kurkov recuperará de nuevo en su excelente novela, en este caso ambientada a comienzos del siglo XX, en los tiempos de la Revolución rusa, *Samsón y Nadiezhda* (Alfaguara, 2023). En ella, Kurkov da vida en su trama a la primera y efímera República de Ucrania independiente, uniendo, como sucede en todas sus obras, lo absurdo con lo ordinario, lo cómico con lo sórdido, o las ficciones de apariencia realista e histórica con toques fantásticos, a la manera del gran autor de *El maestro y Margarita*, Mijaíl Bulgákov.

LA TREPIDANTE HISTORIA de Samsón y Nadiezhda sucede en los turbulentos momentos posteriores a la Revolución de 1917, antes de caer bajo la tiranía bolchevique. El Ejército Rojo se enfrenta, por un lado, a los rusos blancos del general Denikin, y por otro, a los partisanos de Symon Petlyura, figura insigne del movimiento nacional ucraniano y presidente de la República independiente.

El protagonista de la historia es el joven estudiante Samsón Koletchko, que acaba de perder a su padre y también una oreja, cercenada de un cuajo por un sable cosaco, nada más comenzar la novela. Enrolado en el Ejército y convertido por azar en jefe de la policía soviética, Samsón se tropieza con su primer y misterioso caso, mientras la guerra civil, los pillajes, asesinatos, caos y saqueos son continuos en Kiev. Una ciudad, Kiev, por la que Kurkov, a pesar de haber nacido en San Petersburgo, siente verdadera pasión y ha convertido en su escenario literario favorito, en varias de sus novelas, como es el caso de *Muerte con pingüino* y la actual. ■

“Casi todos los libros se vuelven obsoletos desde el momento en que se escriben, si no antes. Y la mercadotecnia está logrando imponer la *planned obsolescence* hasta de los autores clásicos (con nuevas y mejores ediciones críticas)”, escribió Gabriel Zaid en un ensayo de su título indispensable, *Los demasiados libros*. Ante el medio siglo de la primera edición del volumen, Juan Domingo Argüelles lo releó y no sólo comparte sus hallazgos; también pondera la relevancia de esas páginas que conforman un referente moderno.

Gabriel Zaid

CINCUENTA ANIVERSARIO:

LOS DEMASIADOS LIBROS

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

Durante los últimos meses de 2022 apareció, bajo el sello Debate, la edición conmemorativa del medio siglo de *Los demasiados libros*, una de las obras maestras del pensamiento crítico de Gabriel Zaid y, a la vez, pionera en su género (sobre la cultura escrita y la cadena productiva del libro) no sólo en México, sino también en el extranjero, pues a las quince ediciones mexicanas (casi siempre revisadas y en más de una ocasión corregidas y aumentadas o disminuidas) se agregan once traducciones al inglés, dos al portugués y versiones al alemán, italiano, francés, croata, neerlandés, esloveno y estonio.

Esto habla de la importancia de dicho libro que, en sus cincuenta años, se ha convertido en un clásico moderno y en una gran aportación intelectual que han disfrutado muchas generaciones, admirando su estilo límpido, emotivo, inteligente, no exento de humor y lleno de guiños culturales que nos llevan a otros libros que han formado parte sustancial de nuestra cultura.

Después de leída la primera edición de *Los demasiados libros*, publicada en Buenos Aires por el editor Carlos Lohlé el 2 de diciembre de 1972 (para sumarse al Año Internacional del Libro declarado por la Unesco), he releído esta obra no demasiadas veces, pero sí varias (seis al menos, con la última que acabo de realizar para escribir estas páginas), sin contar las innumerables ocasiones en que la he consultado y releído fragmentariamente, descubriendo siempre nuevos horizontes vitales y librescos.

Aunque de ningún modo el libro es voluminoso (112 páginas la primera edición; 152 la edición aumentada, y 172 la edición conmemorativa), jamás lo había leído de un tirón. Por ello, el domingo 15 de enero me entregué a leerlo sin prisas, pero también sin pausas (encerrado para el caso y apagados los teléfonos), a partir de las 10:35 y finalizando a las 14:25 horas. Resultó una experiencia maravillosa, con este libro redondo, perfecto, con sus

“ES UNA DE LAS OBRAS MAESTRAS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO DE ZAIID Y PIONERA EN SU GÉNERO NO SÓLO EN MÉXICO, SINO TAMBIÉN EN EL EXTRANJERO”.

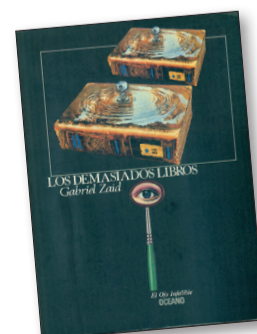
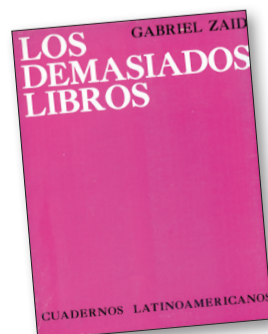
nuevos textos y su enésima revisión, después de medio siglo de que Carlos Lohlé lo echó a andar por el mundo. Comprendí la eliminación del ensayo “Por una ley del libro”, pues en 2008, en México, entró en vigor la Ley de Fomento para la Lectura y el Libro (que dejó mucho que desear) y disfruté los nuevos ensayos: “Clásicos y *bestsellers*”, “El futuro del libro” y el que hace las veces de prólogo (“Avatares de un libro”), en el que Zaid relata, estupendamente, cómo surgió esta obra que llegó a tener en su escritorio, por tres años, Joaquín Díez-Canedo, junto con otros mecanoscritos.

He dicho antes que el autor, en varias ocasiones, ha revisado, aumentado o disminuido esta obra y, respecto de su estructura, también más de una vez ha modificado el orden de los ensayos. Lo cierto es que, en mi lectura de un tirón, he quedado arrobado ante una pieza maravillosamente articulada que, por supuesto, perfecciona las ediciones anteriores. A lo largo de tres horas con cincuenta minutos he quedado, por enésima ocasión, fascinado y feliz con un libro cuyos lectores tenemos que agradecer a la inteligencia y sensibilidad de Gabriel Zaid.

LOS DEMASIADOS LIBROS 1972-2022 (quizá la edición ya definitiva) se integra con los siguientes textos: “Avatares de un libro”, “Malthusiana”, el que da título al volumen, así como “Quejarse de Babel”, “Los libros y la conversación”, “Cultura y comercio”, “Interrogantes sobre la difusión del libro”, “La superación tecnológica del libro”, “El costo de leer”, “La oferta y la demanda de la poesía”, “Cilicio para autores masoquistas”, “Constelaciones de libros”, “En busca del lector”, “Diversidad y concentración”, “Lectores en Wikilandia”, “Clásicos y *bestsellers*” y “El futuro del libro”. Cada uno de estos ensayos (unos más breves que otros) se lee como una unidad, pero también cada uno dialoga con los demás en una estructura que hace del libro, como unidad, una obra perfecta: ese clásico moderno que, con inteligencia y estilo socráticos, nos demuestra algo irrefutable o bien nos hace dudar de lo que asumíamos como indiscutible.

El ensayista nos ha enseñado a leer y a desconfiar de ciertas formas de lectura; nos ha mostrado que hay publicaciones en el formato códex que parecen libros, pero que están muy lejos de serlo; nos ha hecho dudar sobre los diversos propósitos de leer libros y nos ha demostrado que hasta en esto, por la sacralidad y la nobleza del objeto libro (convertido en un fetiche), han surgido ideas beatas sobre el acto y la experiencia de leer.

Si hiciéramos el ejercicio de componer *Los demasiados libros* a la manera de uno de aforismos sobre la lectura, sus dudas y certezas, cada aforismo sería una enorme lección de sustancia



imperecedera. En "Malthusiana", Zaid nos advierte que los demasiados libros nos agobian y constituyen un problema para el comercio y para los lectores; mucho se debe a los editores que nunca supieron distinguir entre lo publicable y lo impublicable, con casos extremos de libros lanzados al mundo que nadie leyó y que inmediatamente se convirtieron no sólo en fracasos de venta, sino en demandas legales. Por otra parte, nos ilustra también sobre el hecho de que la mayoría de la gente quiere publicar un libro, pero no está dispuesta a leer otro que no sea el suyo.

Desde la invención de la imprenta, a mediados del siglo XV, mucha es la gente que quiere "verse en letras de molde [porque] parece una consagración: inmortalizarse como un clásico",¹ aunque esto sea consecuencia de que los primeros libros salidos de la imprenta fueron los textos bíblicos, griegos, romanos o patrísticos. Esto se opone por completo a la idea más noble y preciosa de la lectura, pues "hay en la experiencia de leer una felicidad y libertad que resultan adictivas".²

Concretamente, en el ensayo que da título al libro aparecen frases, expresiones, párrafos completos que ya forman parte de nuestro ADN cultural de lectores, como el siguiente que es ineludible y que muchos nos sabemos de memoria:

... ¿Qué importa si uno es culto, está al día o ha leído todos los libros? Lo que importa es cómo se anda, cómo se ve, cómo se actúa, después de leer. Si la calle y las nubes y la existencia de los otros tienen algo que decirnos. Si leer nos hace, físicamente, más reales.³

EN RELACIÓN CON EL MERCADO y con el comercio del libro, y acerca de la falsa idea de que los grandes tirajes abaratan los costos, Zaid pone en su lugar especialmente a quienes, muchas veces desde el gobierno en turno, editan por montones (decenas o cientos de miles) libros que sólo leen (en caso de que les vaya bien) los correctores de pruebas.

Todo eso por algo que preferimos ignorar o que, de plano, ignoran los editores improvisados o los políticos con ideas fijas a las que jamás han renunciado: que "la mayor parte de los libros que se publican no interesan a 30,000 personas ni regalados".⁴

Por supuesto, el gobierno se ufana de regalar libros con desmesura, lo que sirve, por ejemplo, como timbre de orgullo (en un par de líneas del informe presidencial); tramposamente se da por sentado que los cientos de miles de libros regalados han sido leídos por sus receptores (o víctimas). Esto no se puede comprobar y, en general, no es verdad, pero magnificando una cosa (el número de libros regalados), se da por cierta otra, imposible de probar: que el número de libros regalados es idéntico al número de libros leídos.

En otras páginas de su obra cincuentenaria ("Los libros y la conversación"), Zaid nos advierte que, para

que exista la cultura, es necesario el intercambio: el habla viva suele ser materia prima de la letra muerta que está en todos los libros hasta que un lector, con su práctica, la dota de existencia. Esto no puede sino coincidir y remitirnos al hermoso y certero poema de Octavio Paz, "Conversar", de la sección "Un sol más vivo", de su libro magistral de madurez *Árbol adentro*, ese poema en cuya tercera estrofa se concentra la vida y la muerte del signo y el habla:

La palabra del hombre
Es hija de la muerte.
Hablamos porque somos
mortales: las palabras
no son signos, son años.
Al decir lo que dicen
los nombres que decimos
dicen tiempo: nos dicen,
somos hombres del tiempo.
Conversar es humano.⁵

Sócrates, que no escribió libro alguno, pues desconfiaba de ellos por considerar que tornaban perezosa la memoria, llega a nosotros, a través de los siglos, mediante el habla, la conversación, el diálogo de su discípulo Platón. "Afortunadamente para nosotros, [Platón] optó por la escritura: fue socrático y antisocrático al mismo tiempo. Hizo fructificar en los libros los diálogos que todavía cuestionan nuestra vida libresca".⁶

PORELLO, EN EL POEMA antes citado, Paz se opone a un poeta que concluyó que *conversar es divino*. Lo refuta, en principio, porque los dioses no hablan, aunque hagan y deshagan mundos, a diferencia del ser humano que se hace más humano en tanto más dialoga, en tanto más conversa, incluso con los difuntos, como escribió Francisco de Quevedo, escuchando con los ojos a los muertos por medio de los libros y autores que ya forman parte de nuestro ADN cultural.

Zaid se pregunta sin retórica alguna:

Hoy que el exceso de población, que el exceso de escolaridad, que el excesivo costo de la atención personal, hacen imposible tener un Sócrates en cada salón de clase, ¿hasta qué punto el aula no es una máquina obsoleta frente a muchas otras formas de enseñanza y animación, como la biblioteca?⁷

No le falta razón, pues no olvidemos que José Vasconcelos dijo que "la biblioteca complementa a la escuela, en muchos casos la sustituye y en todos los casos la supera".

En sus "Interrogantes sobre la difusión del libro", Zaid aborda, entre algunos otros, un tema central sobre el



"ZAID PONE EN SU LUGAR A QUIENES, DESDE EL GOBIERNO EN TURNO, EDITAN (POR DECENAS DE MILES) LIBROS QUE SÓLO LEEN LOS CORRECTORES DE PRUEBAS".

analfabetismo funcional y cultural que padecemos. Afirma que uno de los grandes obstáculos para la difusión del libro "está en las masas de privilegiados que fueron a la universidad y no aprendieron a leer un libro".⁸ No exagera. Son numerosísimos los universitarios que no saben leer, porque se la pasaron con un solo libro durante un curso. "¿Hay manera más segura de hacer un libro completamente ininteligible que leerlo suficientemente despacio?"⁹ se pregunta el autor.

Por cierto, si partimos del aserto zaidiano, irrefutable, de que un libro puede leerse en cualquier sitio y posición: de pie, sentado, acostado, y de que, además, no necesita de un manual de instalación y operación, como sí lo precisan los dispositivos electrónicos, no hay nada más portátil ni perfecto como un libro físico.

Y aquí tenemos que recordar que la lectura de un libro no sólo es un ejercicio intelectual, sino también corporal, como bien lo dice Vasconcelos en su breve ensayo "Libros que leo sentado y libros que leo de pie". Teniendo esto en cuenta, realicé mi relectura de un tirón de la edición cincuentenaria de *Los demasiados libros* en la soledad de mi estudio, primero sentado y luego de pie y caminando (y a veces en voz alta) y lo concluí acostado panza abajo. (Únicamente me faltó leerlo en bicicleta).

PERO ESTE EJERCICIO y esta experiencia de un libro que se lee con gozo en el tiempo de placer intelectual que el propio libro exige (menos de cuatro horas) y no arrastrándome sobre la superficie de las páginas "como una lagartija miope" (la precisa imagen es también de Zaid) me llevó irremediablemente a lo que mi médico neurólogo y gran amigo Bruno Estañol (que cuida mi depresión e hipertensión) me indica para la toma de la presión arterial. Es decir, efectuarla en las posturas más frecuentes del acto de leer, pero en el siguiente orden: primero acostado, luego sentado y, por último, de pie; cabe decir que los resultados son siempre variables y que el baumanómetro no miente.

Asimismo, no miente Gabriel Zaid cuando asegura que los buenos escritores, traductores, maestros, editores, etcétera, empezaron como buenos lectores que, además de leer, releen, y releen con inteligencia y pasión. Mensaje para los lectores: lean y releen la edición cincuentenaria de *Los demasiados libros*, pues "hoy casi nada se relea, y lo que es peor: casi nada lo merece".¹⁰ □

NOTA

¹ Gabriel Zaid, *Los demasiados libros 1972-2022*, Debate, Penguin Random House, México, 2022, p. 17.

² *Ibidem*, p. 19.

³ *Ibidem*, p. 30.

⁴ *Ibidem*, p. 32.

⁵ Octavio Paz, *Obras completas 12, Obra poética II (1969-1998)*, Círculo de Lectores / Fondo de Cultura Económica, México, 2004, p. 133.

⁶ Gabriel Zaid, *op. cit.*, p. 40.

⁷ *Ibidem*, p. 44.

⁸ *Ibidem*, p. 74.

⁹ *Ibidem*, p. 72.

¹⁰ *Ibidem*, p. 153.

AL MARGEN

Por
**VEKA
DUNCAN**
@VekaDuncan

OCHENTA AÑOS DEL PARICUTÍN

“SI BIEN MUCHOS
REGISTRARON
SU NACIMIENTO,
FUE EL DR. ATL
QUIEN LE RINDIÓ
EL MAYOR
HOMENAJE A
TRAVÉS DE
SUS TRAZOS”.

Los volcanes que el hombre ha visto nacer, y de los cuales ha llevado un record [sic] son en número insignificante, y ellos mismos insignificantes también ante el Paricutín que los supera a todos”.

En 1950, el Dr. Atl publicó estas palabras en su icónico libro *Cómo nace y crece un volcán. El Paricutín*, para describir al más joven del continente americano. Editado en ese año por Editorial Stylo, es más que sólo un registro de formación del coloso michoacano. Resulta casi una entrañable carta de amor a un hijo recién nacido y es que el pintor vulcanólogo fue más que un testigo de ese explosivo nacimiento: se convirtió también en su mayor estudioso y admirador. El 20 de febrero próximo se celebra el cumpleaños número ochenta de este volcán surgido en 1943, aniversario que nos remite de inmediato a lo que este acontecimiento significó para artistas e intelectuales como el jalisciense.

EL MISMO 20 DE FEBRERO, un sorprendido Dionisio Pulido avisó al pueblo de San Juan Parangaricutiro que la tierra que se encontraba labrando le había dado una sacudida. Como un relato de ciencia ficción, el campesino michoacano describió cómo la tierra se abrió ante sus ojos y comenzó a arrojar un vapor caliente del que rápidamente brotaron piedras y ceniza. De pronto, de aquel maizal se elevó un montículo de dos metros de altura; al día siguiente había alcanzado ya los diez. El pánico se apoderó del poblado, el cual fue rápidamente abandonado y sepultado bajo la lava. Mientras algunos habitantes de lo que pronto se convertiría en las faldas del Paricutín huían del candente espectáculo, otros corrían a observarlo desde todas latitudes del mundo. En México no se había atestiguado el nacimiento de un volcán desde 1763, cuando también en el estado de Michoacán se formó el Jorullo; en el orbe era un fenómeno que se observó por última vez en 1927 en las Islas de la Sonda, del archipiélago malayo, como lo narra el propio Dr. Atl en la introducción a su famoso libro.

No únicamente fueron los geólogos quienes se apresuraron al encuentro de la lava, sino también reporteros, escritores y artistas. Entre estos últimos destacan los de la lente, pues en el registro fotográfico se cuentan los nombres de figuras como Hugo Brehme, importante cronista visual de la vida en México durante la primera mitad del siglo XX, y Rafael García Jiménez, mejor conocido como Raflex, referente del fotoperiodismo mexicano. En el plano internacional, el nacimiento del Paricutín atrajo también a notables plumas, como la del mismísimo Isaac Asimov. Este interés global, combinado con el avance tecnológico en ámbitos como la fotografía y el cine, hicieron del Paricutín el volcán más documentado. Pero si bien muchos registraron su nacimiento, fue sin duda el Dr. Atl quien le rindió el mayor homenaje a través de sus trazos.

NACIDO EN 1875 en Guadalajara con el nombre de Gerardo Murillo, llegó a la Ciudad de México en la última década del siglo XIX para formarse en la Academia de San Carlos, donde se inició en la pintura de paisaje por la que sería tan reconocido. En una entrevista de 1962, Jacobo Zabudovsky quiso saber cómo nació su devoción por cerros y volcanes; con una voz que hace evidente su avanzada edad, el Dr. Atl responde: “Por pura ociosidad. Yo he sido siempre un caminante, me ha gustado mucho viajar y he recorrido

casi todo el mundo a pie”. La afirmación podría parecer una exageración, pero sobran fuentes que aseguran que en los años que estudió en Europa, becado por el gobierno porfirista, caminaba de Roma a París para escuchar las ponencias de Henri Bergson y Émile Durkheim. Más adelante, en la misma entrevista, concluye: “La afición me viene directamente de la naturaleza”.

Fue quizá en sus años como estudiante de la Academia que descubrió el mundo del paisaje. El Dr. Atl puede considerarse una especie de heredero de José María Velasco, no sólo por el hecho de que el famoso mexiquense fue su profesor –igual que de muchas generaciones de artistas–, sino por las afinidades que los unen intrínsecamente. No sería descabellado asumir que fue con el paisajista porfiriano que el joven Dr. Atl –entonces aún no se hacía llamar así– se inició en el estudio de la fascinante geología mexicana.

Velasco destacó por sus representaciones de volcanes, sobre todo del Popocatepetl e Iztaccíhuatl, los cuales no únicamente son retratados en sus lienzos con precisión científica, sino que los convierte en símbolos patrios. Esa doble vocación, la de artista y científico, así como la convicción de hacer del arte una reivindicación de lo nacional, son aspectos de la



Dr. Atl, *Erupción del Paricutín*, color sobre madera, detalle, 1943.

vida y obra de Velasco que resuenan en el quehacer del Dr. Atl. Pero de ese maestro también heredaría aprendizajes prácticos; son famosas las excursiones que emprendía con sus alumnos a los cerros del Valle de México y no con menor frecuencia al rocoso Pedregal, único testigo vivo del antiguo volcán Xitle.

YA IMBUIDO CON ESA PASIÓN GEOLÓGICA, el Dr. Atl continuó estudiando y retratando volcanes a lo largo de su vida. Y no se limitó a lo local: en los años que pasó formándose en Italia exploró el Etna y el Stromboli. Por eso, en 1943 este hombre que creía fervientemente en las fuerzas místicas del universo entendió el nacimiento del Paricutín como un regalo que la madre tierra le ofrecía: “Gran parte de mi vida la he ocupado en escalar volcanes, en estudiarlos, en dibujarlos y, de repente, la Naturaleza puso a la puerta de mi casa un volcán nuevo”, escribe en *Cómo nace y crece un volcán*.

De ese explosivo encuentro surgió un cuerpo de obra que es riquísimo en lo documental, además de tener una poética muy particular. Resaltan, por ejemplo, los dibujos al carbón hechos literalmente al calor del momento con el material incandescente que rodeaba al pintor en el tiempo en que instaló su casa y taller sobre la tierra en erupción. A ochenta años de su creación vale la pena voltear la mirada nuevamente a la obra del Dr. Atl, en particular la que creó en torno al Paricutín. □

HE CONOCIDO POCOS MELÓMANOS con una cultura rockera tan vasta como la de Héctor Becerra.

Sus conocimientos abarcaban más allá de la simple apreciación estética y el afán enciclopédico; como baterista admiraba también las proezas técnicas de sus héroes musicales. Ahí donde otros sólo vemos frialdad, él encontraba un objeto de estudio. Sus intereses traspasaban la datología dura para centrarse en marcas de instrumentos, famosos estudios de grabación y en general en todos los fenómenos que hacen posible el milagro de la música. Era el perfecto ejemplo de que el rock es un estilo de vida y no un mero gusto musical adquirido.

Hizo de la radio su fortaleza. Su programa, Rockshow, trascendió el plano local para cosechar una audiencia nacional e internacional. Algo que se antoja menos que imposible para un producto de provincia en una era dominada por el streaming. Si la radio en el dial es impopular, imagínense en internet. A menos que seas un coloso como Steve Jones transmitiendo desde Los Ángeles o Rulo desde la CDMX, la probabilidad de que consigas el éxito desde Torreón es casi nula. Héctor era un coloso a su manera. Y toda una autoridad, por supuesto. Pero la trascendencia del Rockshow se debía en gran medida a sus habilidades tras el micrófono. Como buen locutor, tenía una voz seductora. Y ahí radicaba su encanto. Con su carisma agasajaba a la audiencia. Se fajaba con la voz a sus radioescuchas. Y eso le granjeó miles de seguidores.

A PESAR DE NUESTROS GUSTOS tan disímiles —sus grupos de cabecera eran Rush y Kiss—, cultivé con él una amistad que con los años se fue intensificando. Me invitó en varias ocasiones a charlar a Rockshow. Una de las últimas veces tocamos el tema de la muerte de Taylor Hawkins, baterista de Foo Fighters. No creo en asuntos esotéricos, pero no puedo dejar de estremecerme ante lo cercano de sus decesos. Héctor murió el 24 de agosto del 2022. Sólo cinco meses después de aquella plática que sostuvimos en cabina. Ambas partidas son inexplicables.

Murió de una falla congénita en el corazón. Yo me encontraba en California cuando ocurrió. Y me dolió no poder estar presente en su funeral. Esa noche le rendí un tributo a su partida yéndome al Whisky a Go Go, una de las capitales rockeras del mundo, a ponerme una borrachera infernal en su honor. Cuando volví a La Laguna planeaba escribir un texto sobre su persona. No pude. En parte

LA MÚSICA ES AMOR, cantaba un luminoso David Crosby, creador de dos grupos clásicos: los Byrds y, luego, Crosby, Stills, Nash & Young. Oriundo de Los Ángeles, Croz fue un detonador en los enclaves contraculturales de Monterey, Woodstock y Altamont: el principio, la cresta y el final de la psicodelia. Tuvo más vidas que un gato ubicuo, siempre contra lo establecido, hasta dar con sus huesos en la cárcel. Único en su tipo, ingresó dos veces al Salón de la Fama del Rock 'n' Roll. Era leyenda al morir en enero, a los 81, por complicaciones de su segundo hígado, diabetes y meningitis.

Con los Byrds de Roger McGuinn y su Rickenbacker de doce cuerdas, Crosby empezó a desarrollar el folk-country-rock al que le dedicó su vida entera, sonido que más tarde replicaron los Eagles, America y el gran Tom Petty. Al mismo tiempo eran psicodélicos hasta la neurona. Esa conjunción de lo campirano, lo rockero y el LSD se dio entre dos discos: *Mr. Tambourine Man* y *Fifth Dimension*, y entre dos canciones: su versión de "Mr. Tambourine Man" y "Eight Miles High". Pero Crosby y McGuinn hicieron corto circuito.

Entonces formó Crosby, Stills & Nash, quienes el primer año se metieron un Grammy por mejor nuevo artista, para horror de McGuinn. Al poco tiempo se les unió Neil Young. Duraron juntos quince álbumes, en los que se encontraban y desencontraban como trío o cuarteto hasta su última gira, *Freedom Of Speech*, en



“ERA EL PERFECTO EJEMPLO DE QUE EL ROCK ES UN ESTILO DE VIDA Y NO UN GUSTO MUSICAL ADQUIRIDO”.

porque me costaba digerir su muerte y en parte porque me resulta difícil resumir la vida de Héctor en unos cuantos caracteres. Créanme que daría muchas cosas a cambio para no tener que estar redactando esto. Con tal de que él siguiera entre nosotros.

SI BIEN ES CIERTO que los bateristas suelen ser los más salvajes dentro de la casta rockera, Héctor era una figura más bien tranquila. Lo que no evitó que nos corriéramos algunas juergas. Recuerdo una vez que vino al depa a escuchar música y se bajó él solito una botella entera de sotol. Me contó que últimamente se había aficionado a los destilados. Fue como hacer un Rockshow pero con chupe. Nos quemamos toda la tarde escuchando vinilos y pusimos varios videos. Era uno de los lujos que se daba de vez en cuando, porque era un workaholic. Lo conocí cuando yo era adolescente. Era apenas diez años más grande pero para entonces él ya trabajaba en Grem y rara vez abandonaba la estación.

Siempre que paso por el bulevar Independencia me acuerdo de Héctor. La última vez que fui al Applebee's fue con él. Ahora ninguno de los dos está. Aquella ocasión nos bebimos muchas cervezas y salimos tarde. Celebrábamos que le habían dado el Premio Estatal de Periodismo. En su larga trayectoria y en los 55 años que le tocó vivir fue testigo de distintas épocas musicales, con los cambios y transformaciones que ello implica. Y siempre con una mirada abierta. Si de algo se salvó Héctor fue de tildarse a sí mismo con la etiqueta de crítico. A pesar de su enorme conocimiento musical, nunca se las dio de papá de los pollitos.

Con su partida esa audiencia que amasó se queda huérfana. Se fue el gurú del Rockshow. No sé si exista vida después de la muerte, pero para mí que se fue al cielo del rocanrol. Otras veces me da por pensar que sigue vivo, ahí dentro del Applebee's, esperándome para cotorrear sobre música. 📺



“CROSBY EMPEZÓ A DESARROLLAR EL FOLK-COUNTRY-ROCK AL QUE DEDICÓ SU VIDA ENTERA”.

2006. Su sello eran las armonías vocales, en las que era una referencia obligada, además de componer y producir. A CS&N se le atribuye también el estilo armónico llamado *Sonido California*, del que forman parte los Beach Boys y The Mamas and the Papas, las voces de la buena onda. Su carrera solista despegó en 1971 con un discazo: *If I Could Only Remember My Name*; lo acompañaron Grateful Dead, Jefferson Airplane, Neil Young y Joni Mitchell.

En lo musical y en lo personal cantó y vivió como en su canción "Almost Cut My Hair", perfeccionó su folk rock y no dejó libro sobre la contracultura sin anécdota descabellada. En 1986 lo arrestaron en Texas por andar de forajido en posesión de cocaína, heroína y una pistola 45. Pasó nueve meses en la cárcel, que aprovechó para desintoxicarse. Desde entonces depositó su fe en la marihuana y creó la marca de productos *Mighty Croz*. Sus problemas de salud empezaron con el trasplante de hígado en 1994, que le patrocinó el hoy enfermo Phil Collins. Todo eso hizo de Crosby un mito musical para fumar. 📺

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

Por
CARLOS VELÁZQUEZ

@Charfornication

FAJARSE AL RADIOESCUCHA

LA CANCIÓN # 6

Por
ROGELIO GARZA

@rogeliogarzap

DAVID CROSBY

FILO LUMINOSO

Por
NAIEF YEHYA
@nyehya

TÁR, DE TODD FIELD

“ES UN AJUSTE
DE CUENTAS
CON EL DEBATE
SOBRE SI ES
POSIBLE SEPARAR
AL ARTISTA
DE LA OBRA
Y SITUARLO EN
SU CONTEXTO”.

Entre las modas de exportación estadounidenses, la llamada *cultura de la cancelación* es una de las más controvertidas, inquietantes y esquizofrénicas. Se propone hacer justicia a las minorías reprimidas e ignoradas (mujeres, personas LGBT y todo aquel que no se considere *blanco*). Pero lo que inició como un esfuerzo por crear una sociedad más justa e incluyente, por abrir puertas y brindar oportunidades, se ha convertido en cacerías de individuos, venganzas y un temor permanente de personas e instituciones culturales ante la posibilidad de decir o hacer algo *incorrecto*, que sea motivo de una cancelación mediática.

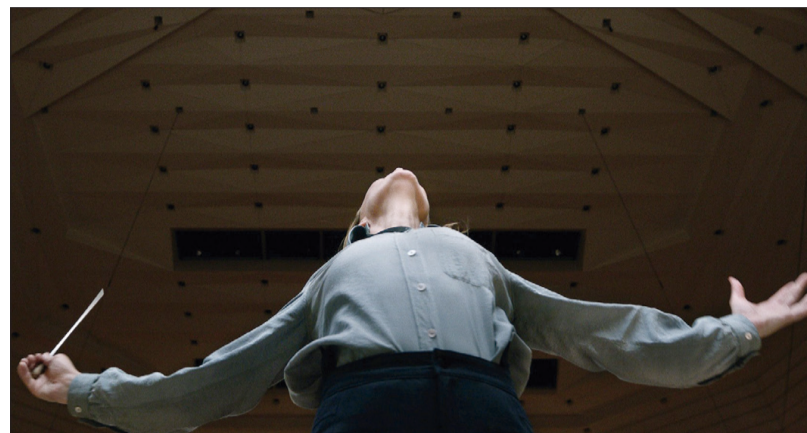
Es el tema que trata la multinominada a los Óscar *Tár* (mejor película, dirección, fotografía, guión, edición y, por supuesto, actriz), tercer largometraje escrito, dirigido y producido por Todd Field, luego de *Crimen imperdonable* (*In the Bedroom*, 2001) y *Secretos íntimos* (*Little Children*, 2006).

Tár comienza con Adam Gopnick, en el festival de la revista *The New Yorker*, enumerando el deslumbrante currículum de Lydia Tár (Cate Blanchett, probablemente en el papel de su vida), discípula de Leonard Bernstein, doctorada en etnomusicología, directora de orquesta súperestrella que ha conducido algunas de las mejores agrupaciones del mundo (en ese entonces, a cargo de la de Berlín) y que ha recibido por lo menos un Emmy, un Grammy, un Óscar y un Tony (EGOT).

Lydia está casada con Sharon Goodnow (Nina Hoss), su primera violinista, con quien tiene una hija adoptiva, Petra. Viven en un imponente departamento de estilo brutalista en Berlín, con paredes de cemento y enormes libreros que evocan un templo. Sus gustos son exquisitos, su sofisticación es tan alta como sus exigencias profesionales, artísticas y técnicas; pero Lydia es también una mujer indulgente y hedonista que ha tenido numerosas relaciones extramaritales, lo que ha dejado un rastro de frustración y dolor, así como vidas y carreras destruidas. Paradójicamente, no se ha sentido afectada por los prejuicios misóginos del oficio.

Así, ignora las denuncias de relaciones inapropiadas, en particular de su exprotegida Krista Taylor, a quien bloquea cualquier posibilidad de trabajar para una orquesta importante y al final la conduce al suicidio. “No hay nada que hubiéramos podido hacer para impedirlo. No era una de nosotros. Tenemos que olvidarnos de ella”, le dice a su asistente, tras enterarse de la muerte. Field sólo nos da el punto de vista de Lydia, quien se encuentra en la absoluta negación y no ofrece oportunidad a los detractores de Tár de contar su parte de la historia; tan sólo muestra cómo borra los correos electrónicos de Krista, la tristeza desairada de Francesca, quien también parece haber tenido una relación con ella, y la súbita obsesión con una nueva chelista, Olga Metkina (Sophie Kauer), a quien ayuda a ser contratada y de inmediato inserta en su mundo a pesar de los rumores.

LA CINTA PARECE una colección de momentos significativos que elaboran un mapa de la personalidad de Lydia y sus conflictos. Uno de los más evidentes es la clase que da a estudiantes de dirección en Juilliard School, cuando los cuestiona: “Puedes contemplar o masturbarte intelectualmente celebrando la atonalidad, pero la pregunta importante es: ¿qué es lo que estás conduciendo, cuál es el efecto que produce dirigir algo así?”. Entonces, un estudiante, Max (Zethphan D. Smith-Gneist), le dice que Bach no le interesa y que como persona BIPOC (acrónimo para *black, indigenous and people of color*: negro, indígena y persona de color) y pangénero, rechaza la misoginia de ese compositor que tuvo una veintena de hijos. Lydia intenta convencerlo de hacer a un lado sus fobias y



Fuente: twitter.com

reconocer el talento de Bach, en lo que comienza como una conversación llena de arrogancia y desprecio a la “tensión” de la música atonal (“Debe haber algún placer al dirigir una sección de cuerdas que se comporta como si estuviera afinando”) y compara las indicaciones en la partitura de la compositora islandesa Anna Thorvaldsdóttir con la receta del chef René Redzepi para cocinar reno.

La secuencia está filmada por Florian Hoffmeister en una sola y prolongada toma (más de diez minutos); abunda en que la música atonal es “vaga” y que dirigirla es como “tratar de vender un coche sin motor”. Pero ante la revelación de Max, Tár se enfoca en atacar su visión del mundo, la importancia que da a las cuestiones de identidad y las timoratas políticas de las instituciones: “Dividir lo que es aceptable o no, es un constructo fundamental de muchas, si no de la mayoría de las orquestas que creen tener el derecho de elegir para los cretinos”. En su afán de convencerlo muestra el genio y la humildad de Bach, pero Max sigue inamovible, mientras sacude nerviosamente las piernas hasta que Tár se las sostiene con fuerza, como si fuera un niño. Los argumentos de la directora son agudos: “No estés tan ansioso por ofenderte” y “El problema es que si el talento de Bach puede reducirse a su género, religión, nacionalidad, sexualidad, lo mismo te puede suceder, Max”. Finalmente la crueldad de la maestra hace al estudiante salir a toda prisa, insultándola: “You’re a fucking bitch!”

ES UN AJUSTE DE CUENTAS con las corrientes de justicia social contemporáneas y con el debate sobre si es posible separar al artista de la obra y situar al creador en su contexto. Todd Field no cae en simplismo. Tár es una megalómana que imagina tener el poder de “detener el tiempo” mientras dirige y de descifrar el pensamiento de Mahler, al tiempo que juega al cosmético autodesprecio al llamarse a sí misma lesbiana U-Haul (lesbiana comprometida). Si bien su pasión es la música, su obsesión es el poder: ella es producto de un sistema engrandecido y soberbio, donde la música es un accesorio más y el prestigio sólo existe si se traduce en dinero, jets privados y auditorios de lujo.

Tár no tiene miramientos para despedazar estudiantes y protegidas ni duda al aplastar a su principal chelista o a su subdirector. Su estilo no consiste en trabajar con sus músicos sino obligarlos a rendirle tributo a su visión, sacrificar su identidad por la interpretación del líder. Esto provoca reacciones y desde la primera secuencia del filme la vemos acosada por la pantalla de un teléfono. El hostigamiento en redes sociales tan sólo aumenta hasta el desenlace. No es coincidencia que su nombre y el título sea Tár, un anagrama de *art* y *rat*, además de evocar la palabra *star*, que también significa chapopote, el producto con que se embarraba a transgresores y criminales para luego cubrirlos de plumas como humillación pública desde el siglo XII. Es inexplicable cómo Field construye meticulosamente a un monstruo en los primeros actos para mostrar su caída de forma atropellada e inverosímil en el tercero. Más que una moraleja sobre la cancelación, *Tár* es la historia de una redención que obliga a valorar la música por sus efectos y no por sus artificios. ■